

Experiencia de trabajo con mujeres pobladoras

Con la luz prendida

Andrea Rodó

Esta experiencia, de siete meses de trabajo con mujeres, ha sido para nosotros la más importante desde que trabajamos con grupos populares. Quizás porque nos tocó afectivamente, nos sentimos parte del proceso de aprendizaje vivido, nos sentimos solidarias de una realidad común, y descubrimos una manera de involucrar efectivamente a la mujer en un proceso de conquista colectiva de la libertad.

Comenzamos nuestro Taller reuniendo a treinta mujeres. Trabajamos con dos grupos por separado, uno en el sector La Legua y el otro en Ochagavía, cada uno con 15 mujeres. En ambos grupos había mujeres de todas las edades (que fluctuaban entre los 19 y los 63 años); había casos en que participaban juntas madre e hija. Todas ellas eran mujeres que participaban en grupos u organizaciones del sector en el cual viven (principalmente comedores y talleres productivos).

Ellas venían a este "Taller de formación de la mujer pobladora" por el interés de conocer más gente, por ganas de conocer experiencias distintas a la de sus propias organizaciones, por ganas de compartir sus inquietudes y problemas... y, también, por curiosidad.

Nosotras convocamos de una forma no usual: el "Taller" era para hablar de "nosotras", de la mujer. Conversaríamos de todo: desde nuestro cuerpo, la sexualidad, hasta la falta de pilones de agua en las poblaciones. Era difícil motivar la participación en una actividad semanal que duraría casi todo el año; todas ellas tenían compromisos con sus organizaciones, con sus familias, y muy poco tiempo libre.

Para nosotras era un desafío; queríamos descubrir una forma distinta de promover la conciencia de la mujer. Queríamos encontrar aquello que nos une como mujeres para establecer una complicidad, una solidaridad básica y vital.

Había muchas expectativas y curiosidad. Se rumoreaba de todo: algunas decían que era para formar líderes políticos; otras, que se trataba de aprender "anatomía"; y otras, escépticas, decían que era "para lo mismo de siempre"...

Reproducido de *Proposiciones* núm. 5, Santiago de Chile, enero de 1982; publicación interna del Área de Estudios e Investigaciones de SUR Ltda. La experiencia de taller que se relata fue conducida por Andrea Rodó y Betty Walker, con la colaboración de Riet Delsing.

Nos preocupamos especialmente de hacer las sesiones muy entretenidas, alegres; después de una motivación inicial, y de compartir expectativas, partimos con nuestra primera unidad: "Quiénes somos?"

Lo primero fue un ejercicio: se trataba de que cada una anotara en un papel todas aquellas palabras (ideas) a las cuales asociaba la palabra "mujer". Cada una anotó entre cinco y ocho conceptos (palabras). Anotamos en una pizarra los

resultados, un listado de palabras:
cocer marido acogedora
coser dolor hijos
lavar servir educadora
sufrir sacrificio generosa
parir bonita trabajo, etcétera.

Sentimientos, trabajos propios de la mujer, cualidades típicas esperadas, imágenes, el deber ser. Nos quedamos un rato todas calladas, mirando lo que habíamos puesto.

Partir de uno misma

Hilda dijo: "Bueno, éso es lo que

somos; puro trabajo y bien sufridas.’

Amelia: “Parece que nos hubiéramos puesto de acuerdo,... puras cosas para los demás, nada para uno...”

Todo, efectivamente, se refería a otros; al deber ser para otros, a una imagen que se nos pide que seamos, a una carencia de situaciones placenteras, de ser uno misma y para sí; casi no aparecían conceptos de ruptura con la imagen y cultura asociada a la mujer, a la “femineidad”.

Nuestra idea era partir con el cuerpo y la sexualidad. En el listado de palabras no aparecía nada en relación a ello, salvo “parir”, “enfermarse”, “aborto”. Así lo dijimos: ¿por qué no aparece en el listado “pechugas”, “útero”, si son órganos tan nuestros, si el cuerpo es una de las cosas *más cercanas y propias*?

Del cuerpo nunca se habla, y así se reconoció: “da vergüenza”. Además, “sirve para puro enfermarse, y para parir”. Había que partir por allí: era partir de uno misma; de algo tan propio, tan nuestro, que nos involucra a todas.

Preparamos las sesiones previamente; no era fácil, se trataba de un proceso compartido de aprendizaje: poner en común lo que todas sabíamos, creíamos, y abrirle paso a nuevas ideas, conductas y voluntades. Después de mucho discutir, nos quedamos con algunas hipótesis y muchas preguntas acerca de cómo la mujer popular sentía y vivía su cuerpo y su sexualidad.

Este tema fue quizás el más importante del Taller para las mujeres; lo que allí aprendimos nos sirvió de base para comprender otras situaciones y conductas de la vida de la mujer. La sexualidad, la vida privada, el amor, la relación con el hombre, condicionan a la mujer pobladora de manera importante y diversa dependiendo de su ubicación social; se nos abrió una pequeña ventana para descubrir y problematizar desde otro ángulo el mundo popular, de la mujer, de sus esperanzas.

Sin vergüenzas

Había varias cosas que creíamos: estábamos en primer lugar convencidas de que si bien el tema sería de in-

terés y entretenido para las mujeres, costaría hablar de él; que era tan fuerte el obstáculo cultural que existía, que incluso iba a inhibir la confianza y la franqueza para compartir problemas. En segundo lugar, dentro de ambos grupos había dos tipos de mujeres: esposas de obreros, o de trabajadores por cuenta propia, pero estables (“familia de trabajador”); y mujeres, solas o casadas, de sectores marginales muy pobres. Pensábamos que la junta de estos dos tipos de mujeres iba a agudizar el problema anterior, y que las últimas serían muy reservadas, desconfiadas y reacias a compartir con mujeres distintas a ellas.

La primera sesión sobre el tema costó un poco; se hacían las tímidas; las mujeres que pensábamos les costaría más integrarse (Fresia, Olga, Juana, Alicia, Erica) se reían y secreteaban. Poco a poco, se fue dando la confianza. En la segunda sesión ya estábamos más sueltas y se fueron perdiendo los temores.

Fresia dio la partida que esperábamos. Preguntó directamente por una situación personal, sin poner de ejemplo a una amiga o a una prima, como es lo típico. Todas la siguieron. No había cómo ordenar las preguntas, *tallas*, comentarios... y sobre todo dudas. Dudas increíbles, que estaban allí desde que se casaron, desde que hicieron el amor por primera vez, desde que eran mujeres. Se creó un ambiente solidario, lleno de complicidades y de secretos compartidos. Juana y Fresia eran las que más hablaban; para nuestra sorpresa, eran ellas las más abiertas y francas para contar su experiencia y, además, eran las más alegres. Nuestras primeras aprehensiones se dispararon; de quienes más dudábamos, fueron las que más nos ayudaron a todas a hablar sin vergüenzas.

Todo lo que sabían

“Nuestro cuerpo” fue el tema de varias sesiones; la idea era conocerlo, valorarlo, aprender a cuidarlo. La primera actividad fue dibujarlo colectivamente, en unos papeles grandotes. Pusieron todo lo que sabían: nombres, órganos, funciones. Hacía mucho tiempo que no dibujaban, ni menos a ellas mismas, de modo que junto con dibujar fuimos

conversando mucho. Lo más importante fue el descubrimiento del aparato genital “externo”: no lo conocían, y lo que sabían de él era poco más que se llamaba “el choro”, o “el hoyo”. Casi todas, excepto una, sabían sólo de la existencia de dos “hoyitos”, el ano y la vagina: por ésta se hacía pipí, se menstruaba, se tenían relaciones y se paría...

—Liliana: “Yo sabía que teníamos cosas, pero no cómo se llamaban; yo pensé que era un solo hoyo el que teníamos.”

—Amelia: “En realidad, era como para pensar que la vagina era el ‘super mentholatum’.”

—Rosalía: “Por vergüenza una no habla de eso ni con el marido... Mi mamá nunca me dijo nada, cuando me enfermaba creía que había estado con un hombre.”

—Mónica: “Uno no pregunta ni habla de estas cosas, la pueden creer media degenerada, o que uno anda con alguna enfermedad venérea.”

—Liliana: “Pensar que una ha parido, y todavía no nos conocemos...”

Había caras perplejas; la señora Ana (63 años) no abrió la boca, ella tiene seis hijos y está separada; en un papelito, lo mejor que pudo, dibujó el aparato genital que se pasó a las láminas. A la salida nos dijo “tuve 6 hijos, ahora ya 10 nietos, 2 maridos, creía que lo sabía todo... Claro, todo, pero al revés; ¡hasta de vieja una aprende!”

Otro descubrimiento

El clítoris fue otro descubrimiento; algunas no se habían dado ni cuenta que existía, otras nunca habían sabido cómo se llamaba ni para qué servía. El cuerpo es tratado como bulto, que a lo más hay que limpiar; nunca a nadie se le había ocurrido mirarse su aparato genital, conocerlo (“¡qué asco, es horrible!”). El cuerpo, en general descuidado después de la maternidad, es motivo de vergüenza; un motivo de placer para el hombre, cuando se tiene la suerte de tener el cuerpo que a él le gusta: “pechugas” grandes, cuerpo redondo, casi gordo, traste grande, caderas contundentes, no muy alta, más bien bajita... El clítoris, apodado desde esa vez el “clítorín” (casi como una mascota), fue realmente algo nuevo, un descubrimiento

impresionante; saber para qué servía abría posibilidades y expectativas nuevas. Se notaba en la cara, en las preguntas. Las miradas eran pícaras, dudosas, cómplices:

—Carmen: “En realidad, si uno piensa se siente como un cosquilleo cuando una se lava.”

—Ester: “Uno siente algo eléctrico, yo pensaba que eran los puros nervios cuando a una la tocan.”

—Roberta: “Por suerte *tenimos* esa cuestión, mire que somos bien frías; con eso hay que ayudarse. ¿Será bueno decírselo al hombre?”

Cuando conocimos y hablamos de las “zonas erógenas” del cuerpo, cada una confesó o descubrió ahí mismo que había zonas más sensibles que otras, que era placentero tocarlas, pero muchas no lo habían aceptado; daba vergüenza, o en el mejor de los casos no se le daba importancia. Como decía Juana: “Una se siente media puta cuando siente cosas raras.” Había muchas que, pese a la naturalidad con que se trataba el tema, les parecía que eran cosas raras, no buenas para mujeres como ellas:

—“Eso es para el hombre, a mi forma de ver, para qué tanta cuestión con eso de sentir...; ya no nos viene, estamos *pasaitas*...”

—“Yo creo que es importante que una sienta, puro colocarse no tiene brillo; además el hombre se da cuenta: por algo se van...”

—“En realidad lo normal sería que a una le gustara y sintiera eso, hay que empezar a ver, ¿cómo saben...?”

—“Me da vergüenza de puro pensar lo que estamos hablando. ¡Supieran en la que estamos...!”

A borbotones

Desconocimiento básico del cuerpo, de sus funciones y potencialidades; en particular, desconocimiento del aparato genital y de la función reproductiva. La falta de información se mezcla con una cultura sexual que tiende a darle un carácter entre morboso, misterioso y pícaro al tema. Morboso porque se supone que el sexo, el placer, es “rico” pero a la vez “malo”, no es correcto sino algo sucio, inmoral, sólo aceptable con “harto amor, en el matrimonio”. Pícaro porque está siempre presente la conquista, el co-

queteo, el orgullo que provoca ser poseída con placer por otro. El cuerpo sirve en la medida que gusta y sirve al hombre, y que funciona para la maternidad. La actitud respecto a él debe ser en lo posible “recatada, ingenua, pudorosa”. Ello implica no hablar de él, no conocerlo especialmente; mantener, por sobre todo, la “femineidad”.

Las mujeres más pobres, pertenecientes al grupo más claramente marginal, eran quizás más desinformadas que las otras, pero más sueltas, más francas; era evidente que, desde un punto de vista sexual, eran también menos reprimidas. Miraban a las demás con cierta superioridad; no entraban aún a opinar demasiado, pero resultaba claro que no estaban de acuerdo en muchos comentarios: se dedicaban a echar *tallas, tomando el pelo* cada vez que les era posible.

A partir del conocimiento y descubrimiento del cuerpo, el tema de las relaciones sexuales y el placer salió a borbotones; había una ansiedad apenas contenida de entrar en eso.

Imaginábamos que muchas de las mujeres serían frías, y que esta situación provocaría frustración y problemas de inseguridad afectiva en ellas. Pensábamos también que la friñez era un problema común entre las mujeres, que se daba por igual no importa a qué tipo de sector social perteneciera; pensábamos que el sentir placer o ser fría era un problema muy poco importante en la vida de la mujer y que, en todo caso, preocuparía especialmente a las mujeres con una pareja más estable, con expectativas de una vida compartida (“familia de trabajador”). Nuestro objetivo, y quizás el centro de este tema (Cuerpo y sexualidad), era valorar el placer como una necesidad vital y, por tanto, como un *derecho* deseado y compartido por la pareja.

Acto funcional

La primera pista la dio la opinión casi unánime respecto a las relaciones sexuales: “Son para tener hijos, y para el matrimonio.” Algunas se atrevieron a agregar: “Bueno, también para el amor, para pasarlo bien... así dicen, por lo menos.” Estaba claro: la mayoría no valoraba

el hacer el amor como algo placentero; era para ellas, más bien, un acto funcional asociado a la maternidad. Supimos que el 85% de todas ellas eran frías.

N.N.: “A mí no me dan ganas. Cada vez que sé que él anda con la cuestión, me enfermo.”

M.L.: “Yo no me puedo concentrar, me vienen cosquillas... una risa tan grande...”

A.P.: “A mí no me gusta. Me da asco, y, para más, me duele.”

R.S.: “A mí me falta ritmo, y es que no me puedo concentrar. Según dice él, que tengo frialdad.”

En general, la mayoría de los testimonios revelan friñez y las causas que ellas ven están ligadas a diversos problemas.

Parecido a la pobreza

Problemas económicos, por ejemplo: “Una no puede dejar de pensar en cómo para la olla al día siguiente, se me va la onda y no me concentro.” “A ellos no les importan los problemas cuando están en eso; en cambio yo, si estamos mal, o lo que pasa siempre, los niños ahí, en la pieza, encima, no puedo... me da nervios que sientan todo...”

Muchas mujeres plantean que además de lo anterior influye el cansancio: “Una trabaja todo el día, en la noche una ya no tiene fuerzas; no da el cuerpo... a ellos sí, tienen el sexo más duro...”

Un número significativo de mujeres indica que la falta de caricias, de ternura, es muy importante: “Una cuando se echa a dormir está agotada, ya no da más; a ellos se les ocurre y así, altiro no más, una no alcanza a colocarse y ya están listos...”, dice tratando de explicarse, con gestos y todo y con sus treinta y ocho años la señora R.L.; las demás la siguen:

—N.N.: “Se creen que la cuestión es obligación y a una la usan; son bruscos...”

—R.M.: “Cuando llegan borrachos es peor: están ahí hasta que se les antoja y no pasa nada...”

—M.M.: “La cuestión debiera ser con precalentamiento, con cariflito, debieran de conquistarla a una... Antes lo hacían así; ahora, derechito al grano.”

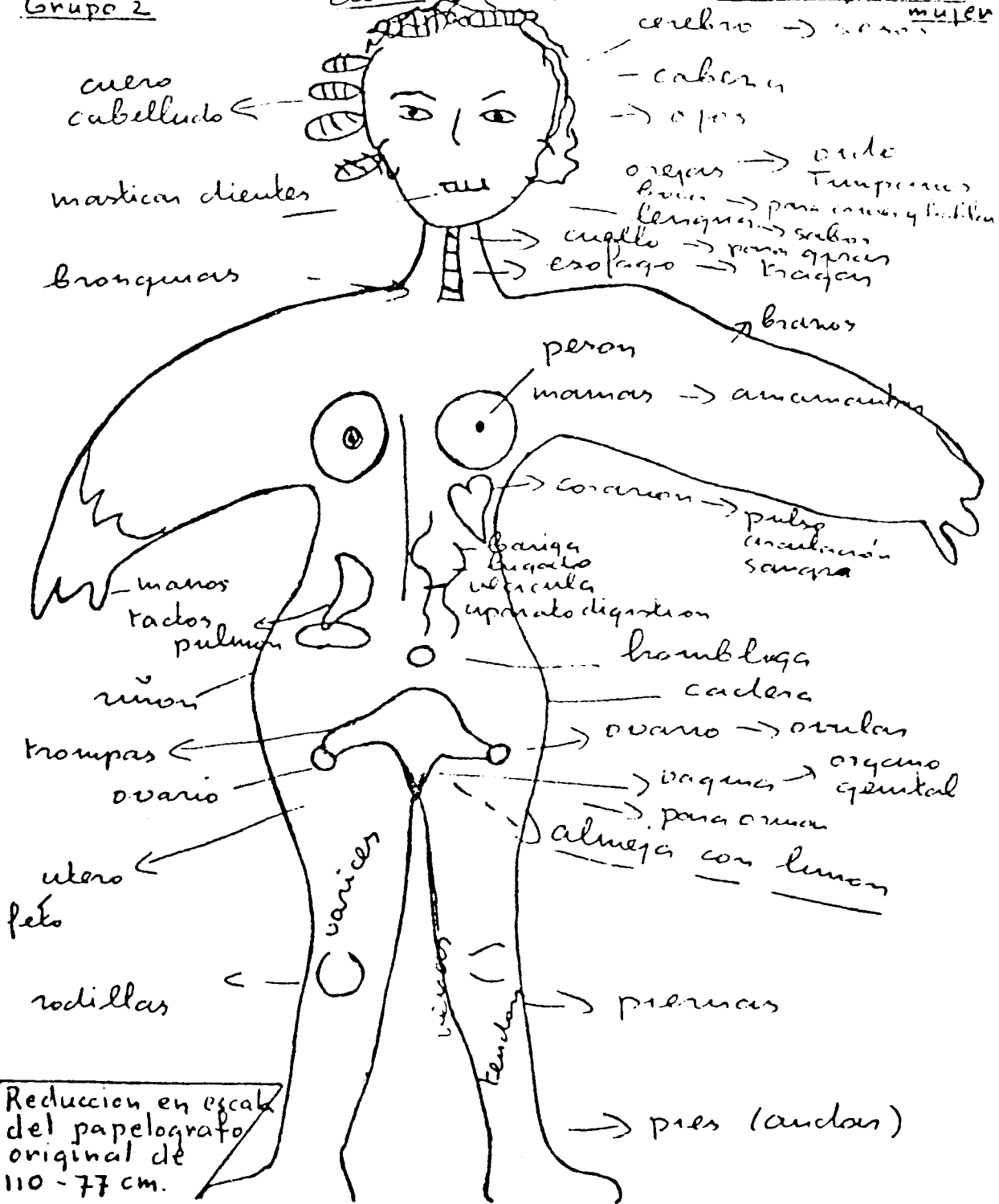
Otras dijeron que la neurosis, “los nervios”, eran los culpables:

Taller de San Joaquín
Grupo 2

Coronada del ^{chavo} ^{oculales}

Dibujo colectivo
del cuerpo de la

mujer



Reduccion en escala
del papelografo
original de
110 - 77 cm.

—“Yo paso preocupada, con angustia”; “la situación está mala; los cabros ahí, sin zapatos, él cesante, ahora la cuestión del desalojo... Yo no puedo, es la neura, no sé...”

Era muy triste.

No sentían, no les gustaba, les daba lata, era una obligación o una molesta rutina, o incluso un sacrificio; y era normal que así fuera: para nadie fue muy extraño el panorama; era algo parecido a la pobreza: es así, “ya estamos acostumbradas...”

Capacidad reprimida

¿Por qué, qué pasaba? ¿Nunca habían sentido nada, nunca les había gustado? ¿Sería así de siempre o al principio no?

Aparece Erica, que había estado llamada un poco a la espera:

—“Bueno, yo quiero decir algo: yo siento la cuestión, me gusta, lo paso bien con él... claro que si está *curao* no.”

—A.G.: “A mí también me gusta, y yo siento esa *custión*; claro que soy soltera, a lo mejor lo bueno es el ‘*vareo*’...”

—J.L.: “Yo voy a ser bien franca, somos toditas bien mujeres: mi marido no se la puede, porque es enfermo; y yo me lo tuve que buscar por fuera, y juro que el mismo médico me lo dijo: ‘*Mijita*, si usted no busca por ahí, va a quedar peor que su marido, porque el deseo ataca el cerebro.’ Y es bien cierto, si yo no tengo mi hombre me da una alergia terrible, mi cuerpo como que me explota. Así que yo tengo por fuera, y bien que lo paso.”

Nuevamente aparecían las mujeres más pobres como las únicas que decían pasarlo bien, sentir, o al menos las únicas que lo decían con toda franqueza. Habían cuatro mujeres que contaron que sólo después de quince o veinte años de matrimonio estaban empezando a sentir. Otras contaron que cuando *pololearon* sentían, pero que después no pasó nada más: se acabó la novedad...

No sentían porque “la mujer no sabe hacer el amor, hay que enseñarle”, hay que conquistarla. Nunca siquiera han mirado su cuerpo tranquilas. Esperan que el hombre les enseñe; así se los dijeron. No hay un aprendizaje en su capacidad de sentir; por el contrario, esta fue

siempre reprimida, castigada. Siempre en espera de que les enseñe él a gozar, que las “reconquiste”. El amor romántico juega su rol: el mito del príncipe azul, que funciona al principio en el pololeo, después se agota. Y la mujer no sabe, le da vergüenza, no se atreve a ser sujeto, activa: tener iniciativa es de puta.

Cultura de sumisión

Información sexual nula; sólo se aprende algo cuando se va a control a la Maternidad y el médico, mientras las reta o las mira feo, les habla de quistes ováricos, de trompas inflamadas, de útero desviado, de secreciones vaginales...: palabras, conceptos médicos que confunden, que asustan y que se mezclan con el conocimiento popular; surge, así, ese mundo de ideas que reafirman una cultura de sumisión y opresión sexual.

Mujeres atadas a tradiciones sexuales, a mitos campesinos, a una idea de la moral que les exige represión, sumisión, porque lo contrario es de mujeres no educadas, “sin ley”, que al final “los hombres usan cuando quieren”.

Si en el matrimonio se funciona bien sexualmente y la mujer siente, está bien, eso es normal...; pero eso no es lo usual, y, además no es tan importante: el hombre exige de *su mujer* que sea buena madre y dueña de casa, una “buena esposa”.

—“Yo siendo buena esposa me conformo, le tengo todo limpio y a sus horas; los niños, ¡viera usted! Todo anda bien y él está conforme; yo eso lo sé. Dónde va a conseguir eso... y él lo sabe.”

El problema se presenta justamente en este punto: ¿basta ser buena dueña de casa, buena madre?

Todas aceptaron que les gustaría sentir y tener relaciones placenteras: en primer lugar es normal sentir, así fue aceptado después de conocer el cuerpo y descubrir su sensibilidad; además, lo *natural*, ligado a la religiosidad popular, tiene el peso de una evidencia incuestionable: “Dios nos hizo así, para algo será.” Pero el problema *central* está en otra parte: lo más importante es la permanencia del hombre en la casa, que no se entusiasme por fuera: él *provee económicamente*, es el *jefe de hogar* y por lo tanto hay que mantenerlo contento, *satisfecho*: “la casa bien

cuidada y limpia, comida sabrosa, hijos bien criados, mujer hacendosa, pero también a él le gusta que una ‘sienta’”; “él se da cuenta que a uno no le gusta”, “que no pasa nada”, “que una es fría”: eso influye en el hombre para que experimente por fuera; “que se busque a otra que lo haga mejor que una”.

Algo más liberadas

El problema no es tanto que se acueste con otra, “si yo no sé y lo hacen con respeto a su casa, que lo haga”. Se acepta, con “pica”, pero se acepta. Lo terrible es que eso puede traer por consecuencia que se entusiasme demasiado y forme otra casa.

Se valoró la necesidad de aprender a sentir casi exclusivamente por esa razón: para que él, el hombre, esté más conforme y *no se vaya*.

El *irse* o *quedarse* tampoco provoca un trastorno afectivo, emocional, demasiado fuerte e importante en la mujer. Se plantea como problema sobre todo por la *dependencia económica* de la mujer respecto del hombre. Si se va, ¿quién mantiene la casa, quién alimenta a los niños?

Por esta razón, entre otras, es que creemos que las mujeres más pobres o marginales, sin familia estable, sin vivienda estable (a menudo en campamento de tránsito) sin ingreso estable, sin un mínimo espacio vital adecuado, son las mujeres que, paradójicamente, están algo más liberadas en términos sexuales. El contacto físico es permanente; duermen juntos padres, hijos, hermanos, cuñados, primos; desarrollan la sensibilidad, la capacidad de sentir, por las circunstancias. Hacinados en una pieza, en una o dos camas, los juegos sexuales se dan muy temprano y no hay norma que valga: da lo mismo que las niñas usen vestidos, o que junten las piernas cada vez que se sientan, juegan a la pelota o a las bolitas; generalmente andan en el barro sin calzones y con una prenda que sirve de camiseta o vestidos y juegan a lo que pueden (las pelotas son más fáciles de fabricar); sienten y ven a sus padres hacer el amor, y constatan cómo las parejas se juntan y deshacen. *El hombre no es el jefe de hogar*, trabaja de vez en cuando, igual que la mujer, y generalmente no es el sostén económico

co.

La vida mísera, tan mísera que las normas no pueden ser cumplidas por falta de recursos mínimos. Una vida promiscua, violenta, donde lo sexual juega un papel importante: un placer necesario, un poquito de alegría en medio de puro barro y desesperanza.

El sexo, el placer sexual, es parte de la vida; a las mujeres allí, a diferencia de las mujeres "socialmente ubicadas", no les preocupa especialmente mantener al hombre en la casa (no se establece una dependencia económica, ni tan fuerte, ni tan estable). El placer sexual, el "pasarle bien en la cama", es una necesidad. Casi un desafío. La mujer se busca su "*lacho*" (hombre *escogido* por la mujer para una relación *transitoria*), o tiene *su* hombre (conviviente, o marido) con el cual trata de pasarlo bien. Y el hombre se queda ahí porque ahí está *su* mujer. La casa bien cuidada y bonita, los niños bien criados y limpios, la buena cocina, no existen: ¿cómo?

Sin embargo, el peso de una cultura sexual opresiva hace que la mujer se sienta mal, se sienta distinta; su ambiente mismo hace que se sienta muy cerca de ser prostituta. Entre ellas, además, se produce mucha competencia, muchas peleas y enredos, por sus hombres.

Los que vienen después

Con el correr de las sesiones la confianza estaba ganada. Sabemos que empezaron a conversar con sus esposos, con sus hombres, con sus hijos; que se miraron al espejo de otra forma, sin vergüenza, que empezaron a probar, a sentirse más seguras, a aceptar un rol activo, a "sentirme mujer de verdad" (B.P.). A tomar iniciativas, a querer sentir y aprender: quizás por tenerlo más satisfecho, pero sabemos que, si eso las motivó a empezar, les resultó bien, les resultará bien y poco a poco recuperan su sensibilidad.

—A.N.: "Estoy empezando a sentir cositas; ese 'clitorín' ayuda mucho. Estoy perdiendo la vergüenza: ahora me desvisto con la luz prendida."

—N.N.: "Tenía razón la A.L.: a los hombres hay que enseñarles también; si una no se mete no pasa nada..."

Lo que hicimos fue sólo abrir la

posibilidad de conversar el tema; entregar información, romper mitos; permitirles desahogarse, darse cuenta que el problema no era de una o dos, que eran casi todas las que pasaban por una situación similar; que había una educación, una cultura que nos marcaba; y, sobre todo, que era *posible* sentir, que se *aprendía*, con voluntad y deseo, que era bueno para nosotros, para la pareja.

Las mujeres más pobres dicen que tienen a sus hombres y a sus hijos en "educación", enseñándoles "todo lo sexual". "Es que somos tan ignorantes", dicen, "que hay que trabajarle a los que vienen después de uno". Están tratando de establecer una relación mejor con sus hijos, de no inhibir la afectividad, de enseñarles a querer. Estas mujeres se caracterizan por una forma especial de dar cariño a sus hijos (y, más en general, a sus seres queridos): en general son muy poco afectivas en sus demostraciones; son más bien violentas, duras. Los niños se crían faltos de afecto, con muchos golpes, mucho castigo, muchos gritos. De lo contrario, dicen, "se crían *fuertes*" o les hace mal. Al parecer se lograron romper algunos mitos y provocar algunos cambios en sus actitudes. Hay indicios que muestran una valoración distinta del trato a los niños, de sus necesidades, de la represión de los afectos, del aprendizaje afectivo.

Transmitir los deseos

La cultural sexual que opera en este tipo social —más violenta, menos afectiva, pero al mismo tiempo más libre como expresión del placer— provoca en la mujer sentimientos de exclusión, de anormalidad. Ellas, en el fondo, se sienten algo avergonzadas. La comunicación recíproca logra que estos sentimientos empiecen a cuestionarse, y ellas comienzan a valorar sin merodeos de fantasmas su capacidad de sentir; a entender que su cuerpo y sus deseos no son raros ni sucios, y a transmitirlos a sus hombres, a sus esposos, a sus amigas.

Ciertamente no fueron solamente las mujeres de este grupo, o las mujeres de familia de trabajador: todas aprendimos; todas descubrimos el valor de compartir nuestras "intimidades"; todas, pensamos, transformamos algunas actitudes e ideas y

desterramos temores; fortalecimos, con ello, la voluntad de ser más felices, más humanas. De poner fin a opresiones y represiones.

Hasta aquí el breve relato de esta parte de la experiencia del trabajo de los grupos. Naturalmente habría mucho más que relatar, y naturalmente de lo que se ha relatado hasta aquí cualquiera puede extraer sus propias conclusiones o ideas. Por nuestra parte, quisiéramos comunicar dos reflexiones de carácter general que parecen significativas para pensar y transformar el mundo popular.

Vencer las opresiones

Para las mujeres populares con que trabajamos, la sexualidad es un tema que cuesta empezar a conversar. Les da vergüenza. Su ignorancia, y el tema en sí. Con un poco de confianza, sin embargo, muy pronto comparten sus verdades, sus dudas, sus "intimididades", de un modo abierto y franco. Al punto que esta franqueza, esta apertura con que comienza a hablarse el tema, resulta sorprendente al observador proveniente de otro medio social. ¿Por qué se produce esta situación tan sorprendente, por qué se logra tan naturalmente esa franqueza sobre situaciones tan privadas, por qué ellas son capaces de en tan corto tiempo confiar a otras sus problemas y vivencias en ese terreno?

El asunto no es tan sorprendente visto más de cerca, esto es, más desde su propia perspectiva. Creemos en efecto que ello es porque el tema no lo consideran especialmente importante, porque no han valorado la importancia que tiene, como quizás en otras clases. El ser frígida, por ejemplo, en la mayor parte de los casos no trae mayores problemas, salvo un peligro: el abandono del hogar por parte del marido.

De allí la paradoja de que resulte mucho más difícil, por ejemplo, lograr en un tiempo similar de trabajo grupal una apertura de comunicación que permita hacer aflorar verdades o intimidades en relación a su *miseria*: a la falta de zapatos para ir a las reuniones, a no tener otro vestido, al piso de barro, a la leña en vez del gas o la parafina. Estos problemas tocan a la mujer en su dignidad, la afectan directamente, físicamente; les provocan vergüenza, se sienten denigradas, no aceptadas so-



cialmente. Es curioso, pero efectivamente les producen más vergüenzas este tipo de situaciones cuya resolución no depende tan directamente, no está tan a la mano, de ellas mismas hoy día.

Buscamos en el Taller abrir la posibilidad de expresarse, de desahogarse, de reconocer la falta de desarrollo sensorial y empezar a descubrir la importancia que tiene esta dimensión en la vida. Una experiencia así crea condiciones óptimas para que la mujer empiece a superar el problema; a enfrentar el desafío de ser sujeto de su sexualidad. Si pensamos que la opresión y la sumisión de la mujer es tan primaria y tan básica que se expresa desde que tiene conciencia de su cuerpo, desde que es mujer, y si queremos de verdad promover su liberación integral, es necesario que sientan alguna vez el placer de ser libres, al menos con su cuerpo. Para buscar la luz hay que haber salido alguna vez de la oscuridad, saber que ella no es lo único que existe. Para buscar la libertad, hay que saber que las opresiones son vencibles. Hay que experimentarlo. Hay que tener el *placer* de haberlo experimentado.

Experimentar la libertad

Para nosotras esta experiencia era un desafío. Durante mucho tiempo, nuestro trabajo de educación a grupos populares y en particular a la

mujer se caracterizó por no considerar su especificidad, su condición de *mujer*. Nuestro punto de partida eran "los pobladores". Se daba el caso que las mujeres eran las que más participaban, sobre todo en los últimos años, pero eso aparecía solamente como un dato. Nuestro interés era la toma de conciencia como "clase", como "pobladora"; las contradicciones del sistema en este ámbito, las causas de los problemas, la organización popular, eran temas permanentes de reflexión. A veces se introducían temas "apropiados" para las mujeres (educación de los hijos, relaciones de pareja, etcétera), pero ellos eran en el fondo el trampolín para pasar a los temas verdaderamente "importantes", a los que servían para "elevar su nivel de conciencia y promover su compromiso".

Sólo un número muy reducido de mujeres efectivamente transformaron conductas y actitudes cotidianas frente a su vida, asumiendo en la mayor parte de ese reducido número de casos un compromiso "político" (en sus organizaciones, en su población, etcétera). A la gran mayoría, este tipo de capacitación le sirvió para comprender mejor las causas de su situación, para tener más elementos de interpretación, para establecer relaciones grupales participativas, democráticas, revalorar el hacer colectivo, etcétera: cuestiones importantes, pero no suficientes si

consideramos el tiempo invertido en ello y los propósitos planteados. La mujer como sujeto de su organización, de ella misma, el cambio esperado en su conducta cotidiana, no se produce. No hay cambios de actitudes, de expectativas, de ideas; no hay iniciativas de ruptura con lo cotidiano; no hay búsqueda de soluciones más radicales para aquello que la afecta como pobladora.

Los resultados de nuestro Taller no son más que una experiencia particular, y aún debemos probar que ella es repetible y multiplicable. Pero son indicativos y sugieren líneas de reflexión. A nuestro juicio, ellos tienden a apoyar la idea de que la historia de enajenación de la mujer como mujer se convierte en una seria limitante para su desarrollo personal y organizacional. La falta de conciencia de sus derechos y de su explotación como mujer la mantienen con una tan baja auto-imagen, con una idea tan distorsionada de sus potencialidades como ser humano, que *carece de incentivos y referentes para sentir la necesidad de incorporarse a un proceso de liberación más colectivo*. Por eso es necesario insistir en la idea de que educar es experimentar la libertad,irla realizando en el espacio de nuestras relaciones sociales cotidianas. En caso contrario, la "politización" puede ser no mucho más que el cambio de un discurso ideológico por otro. (X)

Alcances a un debate abierto

Convergencia y porvenir

Héctor Benavides

En la segunda mitad de 1980 y principios de 1981 se publicaron una serie de artículos que, ya sea previendo los resultados del plebiscito de septiembre, o sacando conclusiones después, reconocen que el golpe militar no fue un acontecimiento más en la historia política chilena, un obstáculo artificial puesto en el recto camino hacia el progreso y el socialismo, sino un acontecimiento singular que ha cambiado nuestro devenir como nación y que debe ser analizado en profundidad.¹ No se trata entonces de remover un obstáculo para reemprender el camino, sino de trazar un camino nuevo que hasta ahora no existe, y que parecería que nunca existió realmente.

Una de las características de estos artículos es que provienen de militantes de organizaciones que no jugaron un papel clave en los acontecimientos de 1970-1973. No se conocen artículos provenientes del Partido Comunista o del Partido Socialista que asuman esa tesis, pues en realidad esos partidos no han efectuado un verdadero balance del papel y responsabilidad que les correspondió en el proceso.

Los artículos de Luis Maira y de Manuel Antonio Garretón afirman que el sistema político social chileno había llegado a un punto crítico antes que la Unidad Popular fuera gobierno y que la ruptura del sistema se habría producido de todas maneras. El artículo de Fernando Mires da también por sentado este hecho, y analiza los cambios ya ocurridos en la estructura y relaciones entre el Estado y las clases en el nuevo contexto. Pero además su análisis se centra en la problemática actual de

la izquierda chilena y en las condiciones que debería cumplir cualquiera nueva convergencia hacia el socialismo.

Coincidiendo con estos análisis, creo que es indispensable expresar con claridad en qué sentido y debido a qué el sistema económico y político chileno había periclitado. No hacerlo podría llevarnos a proponer alternativas que no serán aceptables para la vieja generación chilena que vivió el pasado y el golpe, ni tampoco para la nueva generación que se está forjando en el Chile del Estado militar.

¿Qué hizo crisis?

La gran mayoría de los análisis del proceso chileno han sido explicaciones sobre el fracaso del gobierno de la Unidad Popular que se centran en el proceso político mismo y en las alternativas que pudieron haberlo evitado.

Tal vez la tesis más extrema al respecto ha sido la expuesta por Bob Rowthorn en *Marxism Today*, de enero de 1981, a propósito de lo que en Gran Bretaña se llama "la política de una estrategia económica alternativa". Allí se afirma: "Si Allende hubiera renunciado, el país todavía sería una democracia burguesa y la izquierda (chilena) sería más fuerte que lo que es hoy día."

Es realmente difícil para quien piense en términos dialécticos acep-

tar esa interpretación de un desarrollo histórico lineal y continuo en nuestro país, en que sólo errores de su conducción política habrían provocado la ruptura de la "normalidad" democrática. Aún más difícil resulta entender por qué, si una actitud distinta de Allende pudo haber evitado el golpe en Chile, también hay dictaduras militares en el resto del cono sur, aparte de las aún más antiguas dictaduras paraguaya, brasileña y de la perenne dictadura boliviana. Y también es sugestivo que prácticamente sólo los países del área que cuentan con ingresos petroleros importantes son los que mantienen ciertas formas democráticas (Venezuela, Colombia, Perú, Ecuador y México).

La opinión de Rowthorn contrasta con la de Maira, para quien el golpe de 1973 fue la culminación de un proceso político y social que ya había hecho crisis antes que el Gobierno Popular se estableciera. La crisis del sistema político y social no habría sido percibida por los partidos de izquierda, quienes insistieron en usar ese mismo sistema en crisis para una transición al socialismo.

El problema central parece ser entonces descubrir qué es lo que hizo crisis en el sistema chileno.

Estado regulador

Fernando Mires caracteriza lo que

Héctor Benavides, seudónimo, chileno, ingeniero, militante del Partido Socialista, fue funcionario en el sector industrial durante el gobierno de la Unidad Popular en Chile, reside actualmente en Inglaterra.

¹Me refiero aquí a los siguientes artículos: Luis Maira: "La lucha contra la dictadura y los problemas actuales de la izquierda chilena", *Chile América* 64-65, Roma, junio-sept. 1980; Fernando Mires: "Chile: la izquierda y el Estado militar", mimeo., octubre 1980; Manuel Antonio Garretón: "Problemas y perspectivas de la oposición en Chile", *Mensaje* 296, Santiago de Chile, febrero 1981.

existía en Chile hasta 1973 como un Estado populista, que articulaba la sociedad por medio de una suerte de corporativismo informal, del cual el gobierno de Allende fue la última expresión. El papel del Estado en Chile no habría sido impuesto por el Estado mismo, sino que sería el producto de un largo y no planeado proceso de lucha y alianzas de clase.

El Estado era el vínculo entre las distintas clases y el regulador de la participación de cada clase en el Estado mismo. En esta forma, el Estado asumía los siguientes papeles: árbitro entre las clases, eje político en un sistema populista, centralizador del capital (especialmente a través de CORFO), repartidor de los ingresos a través de corporaciones informales (sindicatos, gremios, asociaciones, mutuales, etcétera).

Ya en 1969 James Petras, en su libro *Política y fuerzas sociales en el desarrollo chileno*, llegaba a una caracterización parecida: "Chile ha tenido un sistema de negociación. En la esfera política esto se traduce así: la actividad parlamentaria ha dominado la vida política; a menudo diferentes grupos, aparentemente heterogéneos, se coligaron para obtener resultados inmediatos; se resolvieron con frecuencia los conflictos mediante acuerdos y negociaciones entre *elites*; los intentos de promover cambios se limitaron a las elecciones, únicas ocasiones en general en que la masa es activada, y los cambios han sido progresivos. En este sistema, la sociedad y la economía se caracterizaron por un estancamiento económico crónico, rigidez y desigualdad social, una *elite* gobernante firmemente unida, y la fusión de estilos de vida modernos y tradicionales. La estabilidad de la esfera política y la continuidad de las instituciones socioeconómicas derivaron de la existencia de un número limitado de grupos de interés que se protegían mutuamente."

Acumulación insuficiente

Quien lea estas caracterizaciones del sistema chileno vigente antes de 1973 debiera asombrarse que esta compleja sincronización de intereses y mecanismos negociadores haya hecho crisis y que la crisis haya arrasado con todo el laborioso mecanismo amortiguador. En ninguna de las dos caracterizaciones se encuen-

tra una explicación del por qué de la crisis y uno bien puede pensar que las palabras de Maira ("nuestra incapacidad para percibir el agotamiento del propio sistema que enmarcaba nuestra conducta") bien pueden aplicarse al presente.

Es mi opinión que, entre todos los factores que condicionan el funcionamiento y la estabilidad de un sistema capitalista, resulta determinante la posibilidad de acumulación de capital, la generación y regeneración del mismo o, en otros términos, lo que llamamos tasa de utilidad o de beneficio. Dada la estructura productiva chilena a fines de los años 60 y el sistema de "negociación" antes descrito, la acumulación de capital se había hecho, si no imposible, muy difícil o absolutamente insuficiente. Por lo menos en lo que se refiere al sector industrial de la economía.

Lamentablemente no conozco ningún estudio serio que haya medido el comportamiento de la tasa de utilidad en las décadas anteriores al golpe y en los años posteriores. Es un hecho en la vida de la izquierda chilena que políticos, economistas y científicos sociales trabajan en compartimentos casi estancos. Nuestros políticos en general han carecido de los más elementales conocimientos económicos y los economistas —la mayor parte de las veces funcionarios internacionales— dirigen sus trabajos ya sea hacia áreas que no son de inmediato interés nacional o en que se evita tesis conflictivas. En el medio de los dos, están los científicos sociales, que elaboran teorías y dan consejos y críticas a diestra y siniestra, sin ser mayormente escuchados aparte de los círculos académicos. Y decimos que esto es una lástima, pues sin una base económica científica será imposible replantear una política de izquierda con capacidad de convocatoria.

Algo casi pecaminoso

Entre los mitos de la izquierda chilena estaba el exagerar el tamaño de los capitales nacionales, ya sea de individuos o de grupos económicos. Es cierto que había grandes diferencias de riqueza, pero en términos absolutos la acumulación de capital era, a escala internacional, con excepción de la gran minería del co-

bre, simplemente insignificante. Era además insuficiente para generar o financiar proyectos modernos orientados al mercado internacional, y aún para abordar proyectos con tecnología moderna para el solo mercado interno.

En casi todos los países, incluidos los países de socialismo real, se considera importante que el sector industrial tenga utilidades o excedentes, y que ellos sean reinvertidos a objeto de producir una realimentación del proceso productivo y construir una sociedad moderna. Eso no sucedía en Chile, donde las utilidades del sector industrial eran observadas y criticadas como algo casi pecaminoso. Objetivamente, las luchas de los trabajadores tendían a reducir a cero las utilidades del sector manufacturero, y la sola y triste excepción se daba en las industrias monopólicas, en que muchas veces una alianza entre sindicatos amarillos y patrones permitía superutilidades a costa de los consumidores.

Es claro que el que la burguesía aumente su riqueza no es sinónimo de que haya aumentado la del país. Para ello es necesario que se invierta lo acumulado y tradicionalmente nuestra burguesía sacó hacia el extranjero o consumió y no reinvertió.

Plantas delicadas

El capitalismo y el desarrollo industrial son plantas de difícil crecimiento y delicadas de cuidar. Requieren de numerosos factores y, a veces, si sólo uno no está disponible, el capitalismo industrial no florece. En el caso chileno existían numerosas condiciones para un desarrollo industrial acelerado, pero por distintas razones —históricas o coyunturales— el capital no estaba disponible para el despegue.

El gobierno demócratacristiano de los años 1964 a 1970 trató de remediar esta falencia sin alterar el delicado balance de intereses que mantenían el equilibrio democrático. Trató de captar parte del excedente en la exportación de cobre mediante las sociedades mixtas; posteriormente trató de reducir el gasto en Defensa (lo que fue el detonante para el alzamiento de Viaux); y finalmente propuso el proyecto de los bonos de ahorro forzoso que fue derrotado por una masiva movilización popular.

Por su parte, el gobierno de la Unidad Popular pensó que la nacionalización del cobre y los excedentes que generaría eran suficientes para financiar el desarrollo nacional. En cuanto al consumo inmediato, se estimó que podía ser cubierto con la capacidad instalada y no ocupada de la industria nacional más las reservas en dólares, que en ese momento se estimaron suculentos, pero que miradas en la perspectiva actual actual eran insignificantes.

Tarea formidable

La tarea que enfrenta la convergencia socialista en Chile es formidable. Debe ganar la confianza de las masas trabajadoras, ser capaz de atraer a la mayoría de la población, incluida buena parte de las capas medias, derrocar la dictadura y restablecer un gobierno democrático.

Mi opinión es que esos objetivos no se lograrán actuando sólo en el plano político o en el de la resistencia a la dictadura. Será necesario sumar a todo eso una profunda elaboración económica, una política económica alternativa que tendrá muy poco en común con lo que se predicó en las décadas pasadas.

Quizás la primera condición para que una nueva política de izquierda resulte atractiva y aceptable es que sea coherente con las cifras. Si las sumas y las restas andan mal es muy difícil que una política basada en esa economía pueda tener éxito. Y esto incide en uno de los temas básicos que desarrolla Mires.

Si lo que se propone es un socialismo democrático —y la esencia del socialismo es ser democrático—, no se pueden proponer modelos en que las masas sean reprimidas o limitadas en su capacidad de crítica, a objeto que los errores de conducción o de planificación no conduzcan al derrocamiento del gobierno. Precisamente, en lo que se llama ahora socialismo realmente existente, las dictaduras burocráticas se eternizan por décadas, tratando de obligar al pueblo trabajador a aumentar la producción, sin tomar en cuenta que los trabajadores no producen eficientemente en un régimen no capitalista si no controlan los aspectos fundamentales del proceso, es decir, la planificación económica, el trabajo a nivel de las plantas industriales, la distribución de los bienes y la

asignación de las funciones no directamente productivas.

Debemos admitir claramente que aún no se ha encontrado una fórmula o modelo eficiente para una economía de transición del capitalismo hacia el socialismo. Pareciera que el aspecto crucial en la transición es mantener cierto equilibrio entre la absoluta soberanía popular sobre las decisiones fundamentales y la muy importante decisión de cuánto hay que asignar al consumo inmediato en la economía.

Hechos y cifras

Aun cuando en ninguna etapa anterior de la economía chilena se puede hablar de transición, es conveniente terminar recordando algunos hechos y cifras.

Durante los 40 años de gobiernos democráticos que precedieron a la dictadura, el aumento del producto nacional —que figuró en todos los programas de gobierno— se cumplió a un ritmo global promedio de 4% bruto y de sólo un 2% neto (si se toma en cuenta el aumento de la población).

Para alcanzar ese crecimiento, el Estado intervino activamente en todos los sectores económicos y rodeó a la burguesía industrial de un sistema de protección casi único a escala mundial. Durante ese mismo período, los trabajadores chilenos obtuvieron una serie de reivindicaciones o “conquistas sociales” como las llamábamos, que aún hoy serían la envidia de muchos países ricos. El hecho que muchas de esas conquistas (como las previsionales) existieran sólo en el papel, no resta fuerza a la argumentación, pues aún en el papel tenían un alto costo para la sociedad. Por su parte, las llamadas capas medias llegaron a tener una situación de absoluto privilegio comparadas con cualquier otro país moderno.

Si a los *status* de estos tres sectores sociales sumamos la forma en que funcionó la democracia parlamentaria y la clientela electoral de los partidos políticos, más la forma en que se negociaban legalmente los pliegos de peticiones laborales, llegaremos muy pronto a comprender por qué se agotó la capacidad de acumulación del sistema económico chileno.

Ninguna cifra muestra en forma

más clara el fin de la acumulación en términos absolutos que la forma como creció el gasto social por habitante durante los años del gobierno de la Unidad Popular, o sea, el gasto en salud, educación, vivienda y previsión social. Entre los años 1965 a 1970, se gastaron en esos rubros 80 dólares por habitante al año. En los años 1971 a 1973 ese mismo gasto subió a 120 dólares por habitante al año, o sea, un aumento de 40 dólares anuales; en circunstancia que en los años anteriores la totalidad de acumulación de la economía había sido de 20 dólares por habitante. La acumulación se hizo por consiguiente negativa.

La unidad Popular, al repartir la totalidad del excedente económico entre los trabajadores, redujo a cero (o bien hizo negativa) la tasa de utilidad del sector capitalista. A partir de entonces, ya no hubo que negociar, y los antiguos negociadores burgueses se hicieron contrarrevolucionarios.

Es la búsqueda de un nuevo modelo de acumulación —nuevo en la forma de producir el excedente y nuevo en la forma de distribuirlo— lo que los condujo a la dictadura militar y a la alianza entre militares, tecnócratas y financistas con que hoy se gobierna en Chile. Sin embargo, el fracaso de sus planes económicos está produciendo no sólo un gran endeudamiento externo y la virtual destrucción de la industria y agricultura nacionales sin que, en la práctica, se producirá la más grande evasión de capitales y desacumulación de la historia nacional.

Bases nuevas

La historia nos enseña que países que han pasado por traumas similares o mayores que el nuestro (incluyendo derrotas en guerras externas, guerras civiles y dictaduras prolongadas) han podido reconstruir su economía y han llegado a organizar sociedades prósperas y democráticas. En todos esos casos el nuevo modelo social ha tomado en cuenta lo que condujo a la crisis, a la derrota y al colapso del sistema anterior, y se ha construido sobre bases nuevas, métodos nuevos y hombres nuevos.

Es lo que Chile merece y lo que la convergencia socialista debiera ser capaz de darle. (X)